

Entrevista a Julià Guillamon

Texto: EDUARDO SUÁREZ FERNÁNDEZ-MIRANDA

Fotografía: Morrosko Vila-San-Juan ©



Julià Guillamon (Barcelona, 1962), escritor y periodista, desde hace años colabora con el diario La Vanguardia, donde ejerce su labor como crítico literario. Muy interesado con todo lo que tiene que ver con la cultura, ha escrito ensayos sobre Barcelona, La ciutat interrompuda, o biografías, como la dedicada al escritor Joan Perucho. Los recuerdos personales y su visión de la naturaleza están presentes en obras como Les cuques o Les hores noves.

En el prólogo a su libro *Deu entrevistes* (Comanegra, 2019) señala: «L'entrevista en profunditat que no ve a tomb de res és un gènere que pràcticament ha desaparegut del mitjans, lligats a la roda de l'actualitat literària». ¿Cree que para un escritor sigue siendo importante, en la actualidad, este tipo de entrevistas?

La obra de muchos escritores responde a un plan general y la entrevista en profundidad es el mejor medio para hacer participar de él al lector. En los últimos años me parece advertir un retorno a este tipo de entrevistas, en publicaciones especializadas y revistas digitales, con la excusa de una novedad editorial. Es frecuente que los periodistas, que a menudo son también escritores, te pregunten por otras obras, que busquen conexiones y genealogías. Pero quizás falta un medio o medios de referencia, especializados en el reportaje o la entrevista a fondo, como fueron en su tiempo *Destino* o, en catalán, *Serra d'Or* o, en televisión, los programas de Emilio Manzano.

Su labor periodística comenzó antes de que finalizaran sus estudios de Filología Catalana. ¿Cómo surgieron sus colaboraciones en la prensa?

Pasé la adolescencia rodeado de diarios. Mi familia regentaba un hostel y cada día leía dos o tres de arriba abajo. El suplemento de libros de *La Vanguardia*, que dirigía Robert Saladrigas, era uno de mis referentes. Y cuando pude escribir en sus páginas fue un premio. Los departamentos de Filología eran muy cerrados. Tenías la sensación de que, por bueno que fuera tu trabajo, nunca te abrirían las puertas. El periodismo, en cambio, era abierto y dinámico, conocías a gente interesante, te daban responsabilidades. A los veintipocos años, siendo el más joven de la redacción del diario *Avui*, había entrevistado a Borges, a Donoso, a Cela, a Bassani, a Manuel Puig...

¿Era el periodismo su vocación, en aquellos años de universitario?

Me hubiera gustado ser profesor universitario. Pero nunca tuve la oportunidad real. Era demasiado independiente y la universidad de mi época, muy jerárquica. Creo que también hoy lo es.

Su primera obra publicada fue *Joan Perucho i la literatura fantàstica* (Empúries, 2020). El tema del libro formaba parte de su tesina de licenciatura por la Universitat de Barcelona. ¿Qué supuso para usted este primer libro?

Perucho se había pasado diez años, entre 1970 y 1980, publicando muy poco. Estaba volviendo a la actividad, le leí, me interesó, escribí un pequeño ensayo, me llamé, le visité en su casa en Barcelona y nos hicimos muy amigos. Perucho había conocido a Joan Miró y a Joan Ponç, a Francesc Català Roca y a Leopoldo Pomés, había sido compañero de fatigas de los pioneros del diseño gráfico y había tenido una época de escritor y editor pop muy interesante. Era coleccionista de arte, bibliófilo, gastrónomo, amante de la magia. A través de Perucho descubrí un mundo. Era imposible no quererle.

Años más tarde publicaría la biografía *Joan Perucho, cendres i diamants* (Galaxia Gutenberg, 2015). ¿Qué ha significado para las letras catalanas una obra tan singular como la de Perucho?

Tenía ganas de escribir un libro que fuera al mismo tiempo una biografía psicológica y una revisión a fondo de la cultura de la segunda mitad del siglo XX, a partir de una figura que está presente en todos los movimientos de la posguerra, aunque nunca en primer plano. A Perucho le llegué a conocer tanto que pude profundizar mucho en la construcción de la secuencia de historia cultural y en su interpretación. El reto era escribir un libro de ochocientas páginas que se leyera con gusto. El crítico de arte Daniel Giralt-Miracle me dijo que el capítulo de la revista *Destino* daba la sensación de que yo estaba allí. Es uno de los mejores elogios que he recibido. Si hubiera tenido que escribir un

libro así desde la Universidad no hubiera sido posible. *Joan Perucho, cendres i diamants* demuestra, creo yo, que se puede hacer investigación de alto nivel fuera de la universidad.

En una ocasión Joan Perucho recordaba que «tenía la sensación de escribir para mí mismo mientras iba lanzando mi trabajo a un pozo sin fondo y sin resonancias». Fue poeta, narrador, crítico de arte, escribió libros de cocina... En 2020 se celebró l'Any Perucho. ¿Cree que este reconocimiento servirá para mantener viva una escritura tan singular?

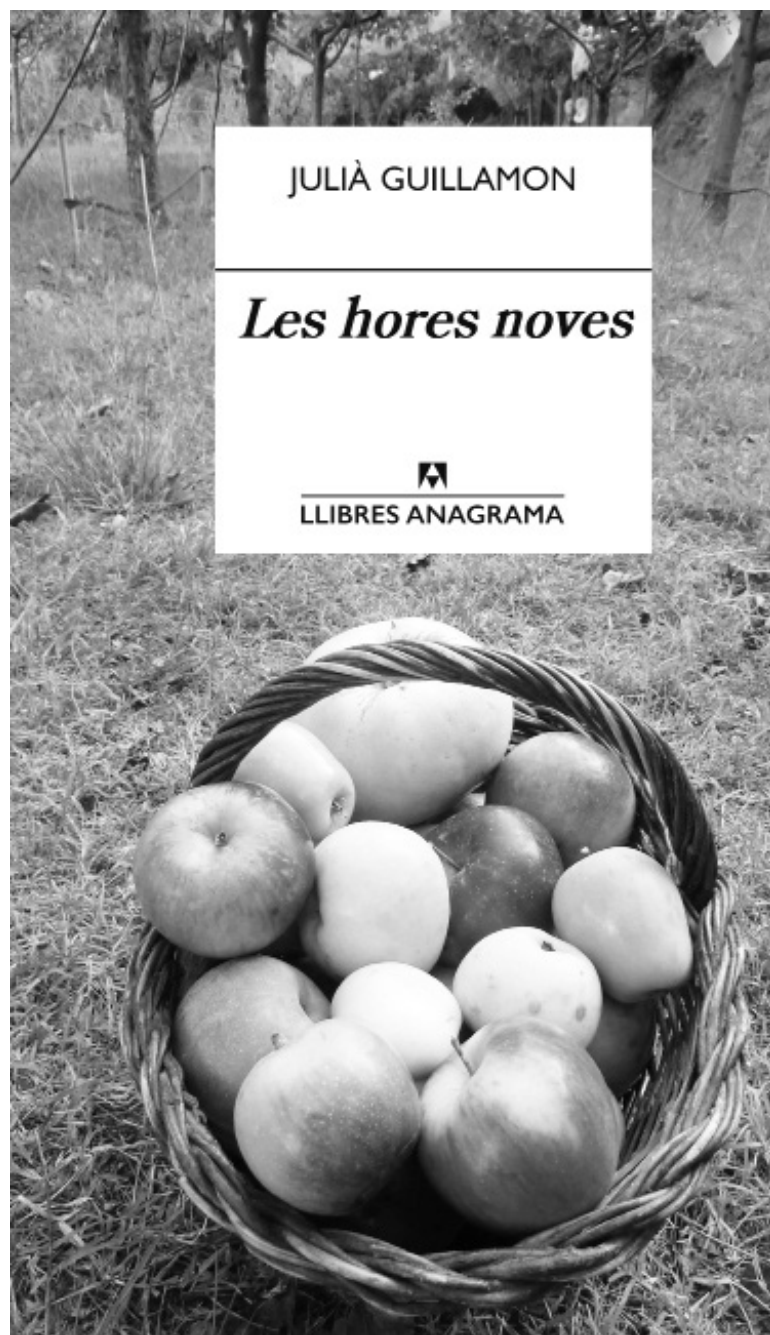
He tocado todas las teclas: desde la investigación a las exposiciones, libros ilustrados, reediciones, un cómic... Pero hay imponderables. Los cambios en el gusto literario, los nuevos clásicos emergentes... Perucho vuelve a estar sobre las tablas, pero son los lectores los que tienen la última palabra.

En 2001 se publicó *La ciutat interrompuda* (La Magrana), reeditada recientemente por la editorial Anagrama en castellano y en catalán. De ella se dijo que era una «crónica de veinticinco años de Barcelona, desde la contracultura hasta los Juegos Olímpicos, a partir de la arquitectura, el diseño, el periodismo, el arte, el cómic, la fotografía, el cine y las costumbres urbanas». ¿Cómo afrontó la escritura de un libro desde tantas perspectivas? ¿Qué cree que supuso para la visión cultural de Barcelona?

A finales de la década de los noventa empecé a experimentar la sensación, que se ha ido extendiendo por todas partes, de que algo no iba bien en Barcelona. Que estábamos en un modelo urbanístico, cultural, que generaba frustración y desapego. Y quise explicar el porqué de esa sensación. Me situé a principios de los años setenta, en una época en la que Barcelona era una ciudad destartada, y fui explicando las diferentes etapas de su recuperación. La paradoja es que la ciudad caótica de los primeros ochenta era más querida que la que surgió con los Juegos Olímpicos. No lo digo yo: se puede leer en novelas y ensayos, ha sido objeto de cómics, fotografías, instalaciones de arte. *La ciutat interrompuda* da la voz a los creadores frente al discurso oficial. Es al mismo tiempo una crónica, con voluntad

de escritura, y un estudio de historia cultural. Cuando se publicó por primera vez en 2001 sorprendió porque la gente pensaba que Barcelona era el mejor de los mundos posibles. Ahora, viendo en que ha terminado la ciudad, con masificación, gentrificación, nomadismo pijo, tengo la sensación de que me quedé corto.

Usted es columnista y crítico cultural en *La Vanguardia*. ¿Cómo es el día a día en la redacción de un periódico? ¿Cuál es su método a la hora de escribir estos artículos?



Voy muy poco a la redacción y lo escribo todo desde casa. Hace un montón de años que trabajo junto a Sergio Vila-Sanjuán en el suplemento *Cultura/s* y hemos establecido una gran complicidad. Es una crítica que intenta ser ecuánime, no tendenciosa, pensando en los diferentes tipos de lectores. Exigente, pero nunca violenta. Con una presencia importante del contexto cultural y social. Pactamos varias semanas por adelantado y vamos comentando y ajustando. He aprendido un montón con Sergio, que es un gran periodista cultural. Soy un privilegiado: cada semana escribo una columna literaria en la sección de cultura, con una libertad total. En ella trato todo tipo de temas y ha sido un laboratorio de la relación con los lectores, de donde han salido varios libros. El artículo semanal te permite probar cosas, la reacción es inmediata y te permite saber si algo funciona o no. Por ejemplo, cuando empecé a escribir artículos sobre la naturaleza, la gente me los comentaba favorablemente. Me di cuenta de que existía una gran necesidad de una mirada humana al entorno natural. Que se había producido un corte en nuestra relación con campos y montañas y que los lectores agradecían encontrar textos bien escritos, cercanos, que les descubrieran cosas que desconocían, que les transportaran a lugares y ambientes...

El punto de partida de mis libros *Jamás me verá nadie en un ring. La historia del boxeador Pedro Roca* (2014) y *L'enigma Arquimbau. Sexe, feminisme i literatura a l'era del flirt* (2016) fueron dos series de columnas de *La Vanguardia*.

En libros como *Travessar la riera* (Comanegra, 2017) o *Les cuques* (Anagrama, 2020), editado en castellano con el título de *Mariposas de invierno y otras historias de la naturaleza* (Círculo de Tiza, 2020), usted vuelve su mirada hacia sus recuerdos más personales, su infancia o la naturaleza. ¿Es complicado encontrar un tono literario para libros que tienen una importante componente biográfica?

Creo que la primera vez que expliqué una intimidad en un texto fue en una columna de *La Vanguardia*. Mi madre hacía unos años que había muerto y tracé un retrato de ella en el hospital, en el momento en que, a media mañana, sacaba a la entrada un gran florero con gladiolos: la alegría de ese instante detenido en el tiempo.

Piensas: ¿a la gente le interesa todo esto? Me di cuenta de que sí interesaba. Porque más allá del tema particular, había una dimensión general: estabas hablando del tiempo, de la belleza... Eso me animó a escribir, de cuando en cuando, alguno de esos textos personales. Este tipo de literatura parte de la idea que las experiencias personales tienen una dimensión que trasciende lo individual.

Hay que ser muy respetuoso con la materia que tienes entre manos y con el lector. No puedes traficar con personas y sentimientos. Tienes que encontrar el justo equilibrio para que aquello que estás contando emocione, sin sobreactuar nunca. Yo me decanto por la frase breve, cortante. Un amigo dice que esas frases contundentes con las que cierro algunos de mis textos le recuerdan a Hemingway.

En el año 2011, para celebrar los treinta años de la creación de la editorial barcelonesa *Quaderns Crema*, se organizó una exposición en la biblioteca *Jaume Fuster*. ¿Qué puede decirnos de quien fuera su fundador, *Jaume Vallcorba*?

A finales de los setenta había una guerra entre dos grupos de poetas entorno a las editoriales *Llibres del Mall* y *Quaderns Crema*. Yo al principio estaba en la órbita del Mall. El punto de inflexión fue una entrevista a Vallcorba, hacia 1986. Pasamos una tarde muy divertida en su casa en la plaza Boston. Le gustaba mucho la música, había sido miembro del Grup de Folk, junto a Pau Riba. Y aquella tarde me estuvo hablando de la *Música para aeropuertos* de Brian Eno. Y, al terminar, del *Te Deum* de Carpentier, que era la música de las conexiones de Eurovisión. Al final, se fue a un concierto de Kid Créole and the Coconuts. Era un tipo provocativo y sorprendente.

De esa muestra surgió el libro *L'estil Quaderns crema. Trenta anys d'edició independent, 1979-2009* (*Quaderns Crema*, 2011), en cuya edición usted participó. De este catálogo se ha dicho que es un «ensayo textual y visual sintético ejemplar, permite descifrar algunas de las claves intelectuales y estéticas que configuran el sólido proyecto editorial». ¿Qué papel ha jugado esta prestigiosa editorial barcelonesa desde su creación, en el ámbito cultural catalán?

Vallcorba tuvo un papel importantísimo a principios de los ochenta en la renovación del mundo editorial catalán. El planteamiento era muy moderno: Quim Monzó y Martí de Riquer, la literatura urbana contemporánea y los estudios románicos. Y junto a ellos el vanguardismo de J. V. Foix o de Josep Maria Junoy, las traducciones de clásicos populares como Edgar Allan Poe y *Las metamorfosis* de Ovidio. Fue un *boom*. Un estilo propio, muy personal, que, con un corte más clásico, trasladó a Acantilado.

Quim Monzó, Sergi Pàmies, Gabriel Galmés o Ferran Torrent han sido escritores que forman parte del exigente catálogo de Quaderns Crema. ¿Cree que, actualmente, la editorial barcelonesa está aportando nuevos valores a la literatura catalana?

Han pasado muchas cosas en el mundo editorial en los últimos años. Han surgido muchas editoriales pequeñas, que han impulsado nuevos autores. El panorama no se parece en nada al de principios de los ochenta. Quaderns Crema habría podido ser una editorial de dimensión media, que creo que está faltando. Estamos entre grandes grupos y editoriales mínimas.

El gran escritor Quim Monzó ha sido una pieza fundamental en Quaderns Crema. No solo con sus innovadores relatos de finales de los años setenta, sino también como diseñador gráfico (alguna de las portadas de Quaderns Crema son suyas). Usted ha sido comisario de la exposición sobre el autor de *Benzina* o *La magnitud de la tragedia*. De dicha exposición surgió el libro Monzó. *Com triomfar a la vida* (Galaxia Gutenberg, 2009). ¿Cómo recuerda aquella exposición? ¿Qué puede contarnos de la colaboración del escritor barcelonés en ella?

A Monzó le descubrí hacia 1976 o 1977 a través de las colaboraciones que escribía (y a veces dibujaba u organizaba como un *collage*) en el semanario *Canigó*. Y le he visto siempre como a un hermano mayor. Gracias a Monzó, los escritores de mi generación nos dimos cuenta de que se podía escribir narrativa de una manera totalmente distinta. Tenía una idea muy sintética, contundente, provocativa. Nos gustaba la precisión del lenguaje y la modernidad de los temas. Y, a partir de

El millor dels mons, el giro biográfico, la manera como trata la vida familiar. Más allá de la influencia literaria, Monzó ha sido un referente. Cuando hablaba de un libro, de un bar, de un plato, de un actor, de una película, mucha gente le seguía. Trabajar con él fue muy divertido porque estábamos en la misma onda. Nos gustaba el diseño gráfico y teníamos una idea visual de lo literario. Considerábamos que el humor era un elemento fundamental de la creación. Y nos encantaban los detalles. Un día me dijo: «A la gente a la que le gustan los detallitos esta exposición les volverá locos».

De su interés por el diseño gráfico han surgido libros como *America Sanchez a Barcelona* (Galaxia Gutenberg, 2021). ¿Qué nos puede contar de este libro? ¿Se puede considerar un complemento a *La ciutat interrompuda*?

Cuando trato un tema generalmente no lo acabo en un libro: hay una continuidad hacia otros proyectos. Estuve trabajando unos años sobre el exilio catalán de 1939 y algunas exposiciones posteriores salen de ahí, de temas que todavía tenían recorrido, como la tarea de editor de Antoni López Llausàs, el impulsor de Editorial Sudamericana y creador de Edhasa, que había sido una figura destacada en los años treinta en Barcelona, a través de la Llibreria Catalònia y de las revistas *D'Ací i d'Allà* y *El Be Negre*. Con *La ciutat interrompuda* pasó algo parecido: por un lado, dio pie a Monzó. *Com triomfar a la vida*. Por el otro, a *America Sanchez a Barcelona*. Tengo una cultura muy visual, me gusta mucho el diseño gráfico. Para mí, el diseño del libro forma parte de la obra. He intervenido en todas las cubiertas de mis libros, dando la idea o incluso elaborándola, con la complicidad de Albert Planas. A Albert le conocí en la época de Monzó. *Com triomfar a la vida* y hemos trabajado mucho juntos, en libros gráficos y exposiciones. America es un grandísimo diseñador. Planas colaboró con él durante veinte años. Hicimos un buen equipo, los tres. La idea fue utilizar la obra de America para explicar qué había pasado con la cultura en Barcelona, desde finales de los sesenta.

Volviendo a su obra, con *El barri de la plata* (L'Avenç, 2018) usted se traslada al Poblenou de su infancia. ¿Qué le impulsó a escribir este libro?

La Moravia

Julia Guillamon



El Poblenou postindustrial de mi infancia era un paisaje muy atractivo. Generacionalmente formo parte de la generación postpunk. Una vez los Kraftwerk se estuvieron sacando fotos en el barrio de Icaria, del Poblenou, y alucinaron con aquel paisaje, en el que nos movíamos todos los días. Mis primeros libros de ficción, *La fábrica de fred* (1991) y *La Moràvia* (2011), retratan ese mundo con los procedimientos del cine y la literatura experimental. Fábricas abandonadas, playas suburbanas, noches de copas en la ciudad desierta. Me interesaba explicar la quiebra de la idea del progreso, el fin de la utopía y el sueño de confort de nuestros padres, que tenían treinta años en los sesenta. *La Moràvia* es la historia de un tipo que decide apartarse del mundo y revivir en un piso el mito del progreso. Decora su casa con fórmicas, con muebles plegables,

ampliables y portátiles y se monta una habitación en la que proyectar películas industriales sobre las grandes presas hidroeléctricas y las ventajas del plástico. Es una historia tragicómica que termina con un gran sentimiento de desamparo.

En *El barri de la Plata* (2018) regreso al mismo escenario, pero desde otra perspectiva. Me planteo una parte de mi obra como un juego conceptual. Me gusta contar la historia desde dos perspectivas diferentes: experimental y realista, abstracta y concreta. *El barri de la Plata* empieza en la calle suburbial, entre las fábricas abandonadas. Pero poco a poco ese paisaje se va poblando. Planteo el tema de las emigraciones a Barcelona a finales del siglo XIX, la presencia de los valencianos, que llegó a ser importantísima (uno de cada diez barceloneses de 1930 era de origen valenciano), hablo del anarquismo y de la substitución de las ideas de lucha social por el individualismo, en la posguerra, a partir de la historia de mi padre, que quiso ser boxeador y torero (dos formas de salvación individual para un obrero que no creía en sindicatos ni partidos). A partir de ahí entro en una historia trágica: la imposibilidad de ser felices de una pareja, entre dos mundos. Él, un baranda, muy fogueado por la vida. Ella una buena chica, desbordada por el alcoholismo del marido y el desamor. Lo que en *La Moràvia* era emoción contenida en *El barri de la Plata* estalla con una intensidad devastadora.

Últimamente he vuelto a escribir mi primer libro, *La fábrica de fred*. Lo he tocado tanto, que incluso le he cambiado el título, que ahora es *La fábrica de gel* (2021). Me divierte que existan dos libros que sean el mismo libro: uno experimental y otro con argumento, uno abstracto y otro figurativo, uno centrado en las atmósferas y ambientes y otro en los personajes y sus dilemas.

Les hores noves (Anagrama, 2022) es, hasta el momento, su último libro publicado. En él habla de las plantas, los animales, la gente que vive de la tierra y del bosque. Parece que la naturaleza es un elemento muy importante en su obra, ¿es así?

Mis libros se encadenan unos con otros. *La fábrica de gel*, *La Moràvia*, *La ciutat interrompuda*, *El barri de la Plata* describen un itinerario urbano postindustrial. Mientras que *El sifon de can Sitra*, *Travessar la riera*, *Les cuques* y *Les hores noves* proponen un recorrido por

campos y montañas. Intento escribir una literatura de la naturaleza sin grandilocuencias, sin épica, sin cursilería. Una literatura que mis amigos que trabajan en el campo puedan leer y que se identifiquen con ella. La idea de *Les hores noves* es contar lo que pasa a lo largo de un año, desde las primeras lluvias de septiembre hasta el final del verano del año siguiente. Describir las flores,

los campos, los bosques, las plantaciones, los arroyos, el río. Una noche de lluvia con salamandras, una mañana en un alcornocal con una cuadrilla de peladores de corcho portugueses, una excursión que permite constatar la decadencia de la idea romántica de la cumbre, en una época de masificación turística.

A lo largo del libro aparecen personajes muy interesantes, como Emili Soms, que ha recuperado más de cincuenta especies de manzana tradicionales que se habían ido perdiendo. Se dedicaba a ir por las masías abandonadas y por los antiguos prados de manzanos, hoy cubiertos de bosque, rescatando los árboles frutales que cuida en su finca. Emili, por ejemplo, aparece en el libro en la época de la poda. Parece un jugador de ajedrez capaz de anticipar una docena de jugadas. «Corto aquí y brotará por allí. Esta rama la dejo y el año próximo dará manzanas». ¡Qué sabiduría!

Resulta inevitable, en estas circunstancias, que se filtren en el libro opiniones críticas porque estamos viendo momentos muy graves. El movimiento ecologista tiene muchas dificultades para concretarse, vivimos una indefensión total que se traduce en una aceptación resignada de todo tipo de disparates urbanísticos y medioambientales. De manera que el libro es poético, crítico y documental.

Para terminar, nos gustaría conocer su opinión sobre el panorama literario actual. ¿Qué autores le interesan?

Hay una gran diversidad de opciones, mucha riqueza. No hago mucha vida literaria. Me relaciono mejor con diseñadores gráficos o con biólogos. Hablando de *Les hores noves* acostumbro a decir que prefiero hablar con un labrador que con otros escritores. La gente se ríe pensando que es una *boutade* pero es verdad. Los autores que admiro acaban siendo amigos del alma. Julià de Jòdar, por ejemplo, con quien comparto los orígenes populares, la visión histórica, la libertad de ideas y de estilo. Es uno de los grandes novelistas de los últimos años. O Mercè Ibarz, que ha renovado la visión del campo y de las relaciones familiares y que, a través de sus estudios sobre Luis Buñuel o Mercè Rodoreda, combina con una gran potencia ensayística estudios literarios, cine y arte. Me siento próximo a los autores más iconoclastas, que buscan nuevas maneras de narrar, como Adrià Pujol o Max Besora.



Julià Guillamon
La fàbrica de gel



Galàxia Gutenberg